

# EL CUERVO

*de Edgar Allan Poe*

Una fosca media noche, cuando en tristes reflexiones,  
sobre más de un raro infolio de olvidados cronicones  
inclinaba soñoliento la cabeza, de repente  
a mi puerta oí llamar:  
como si alguien, suavemente, se pusiese con incierta  
mano tímida a tocar:  
«Es—me dije—una visita que llamando está a mi puerta:  
eso es todo, ¡y nada más!»  
¡Ah! Bien claro lo recuerdo: era el crudo mes del hielo,  
y su espectro cada brasa moribunda enviaba al suelo.  
Cuán ansioso el nuevo día deseaba, en la lectura  
procurando en vano hallar  
tregua a la honda desventura de la muerte de Leonora,  
la radiante, la sin par  
virgen pura a quien Leonora las querubes llaman hora  
ya sin nombre... ¡nunca más!  
Y el crujido triste, incierto, de las rojas colgaduras  
me aterraba, me llenaba de fantásticas pavoras,  
de tal modo, que el latido de mi pecho palpitante  
procurando dominar,  
«es, sin duda, un visitante—repetía con instancia—  
que a mi alcoba quiere entrar;  
un tardío visitante a las puertas de mi estancia...  
eso es todo, ¡y nada más!»  
Paso a paso, fuerza y bríos  
fué mi espíritu cobrando:  
«Caballero—dije—o dama:  
mil perdones os demando;  
mas, el caso es que dormía,  
y con tanta gentileza  
me vinisteis a llamar,  
y con tal delicadeza

y tan tímida constancia  
os pusisteis a tocar  
que no oí»—dije—y las puertas  
abrí al punto de mi estancia;  
¡sombras sólo y...  
nada más!

Mudo, trémulo, en la sombra por mirar haciendo empeños,  
quedé allí, cual antes nadie los soñó, forjando sueños;  
más profundo era el silencio, y la calma no acusaba  
ruido alguno... Resonar  
sólo un nombre se escuchaba que en voz baja a aquella hora  
yo me puse a murmurar,  
y que el eco repetía como un soplo: ¡Leonora!...  
esto apenas, ¡nada más!

A mi alcoba retornando con el alma en turbulencia  
pronto oí llamar de nuevo—esta vez con más violencia,  
«De seguro—dije—es algo que se posa en mi persiana;  
pues, veamos de encontrar  
la razón abierta y llana de este caso raro y serio  
y el enigma averiguar.

¡Corazón! Calma un instante y aclaremos el misterio...  
—Es el viento—y nada más!»

La ventana abrí—y con rítmico aleteo y garbo extraño  
entró un cuervo majestuoso de la sacra edad de antaño.

Sin pararse ni un instante ni señales dar de susto,  
con aspecto señorial,  
fué a posarse sobre un busto de Minerva que ornamenta  
de mi puerta el cabezal;

sobre el busto que de Palas la figura representa,  
fué y posose—¡y nada más!

Trocó entonces el negro pájaro en sonrisas mi tristeza  
con su grave, torva y seria decorosa gentileza;  
y le dije: «Aunque la cresta calva llevas, de seguro  
no eres cuervo nocturnal,  
viejo, infausto cuervo oscuro, vagabundo en la tiniebla...

Dime:—«¿Cuál tu nombre, cuál  
en el reino plutoniano de la noche y de la niebla?...»

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

Asombrado quedé oyendo así hablar al avechucho,  
si bien su árida respuesta no expresaba poco o mucho;  
pues preciso es convengamos en que nunca hubo criatura  
que lograrse contemplar

ave alguna en la moldura de su puerta encaramada,  
ave o bruto reposar

sobre efigie en la cornisa de su puerta, cincelada,  
con tal nombre: «¡Nunca más!»

Mas el cuervo, fijo, inmóvil, en la grave efigie aquella,  
sólo dijo esa palabra, cual si su alma fuese en ella  
vinculada—ni una pluma sacudía, ni un acento  
se le oía pronunciar...

Dije entonces al momento: «Ya otros antes se han marchado,  
y la aurora al despuntar,

él también se irá volando cual mis sueños han volado.»

Dijo el cuervo:»¡Nunca más!»

Por respuesta tan abrupta como justa sorprendido,  
«no hay ya duda alguna—dije—lo que dice es aprendido;  
aprendido de algún amo desdichoso a quien la suerte  
persiguiera sin cesar,

persiguiera hasta la muerte, hasta el punto de, en su duelo,  
sus canciones terminar,

y el clamor de la esperanza con el triste ritornelo  
de jamás, ¡y nunca más!»

Mas el cuervo, provocando mi alma triste a la sonrisa  
mi sillón rodé hasta el frente al ave, al busto, a la cornisa;

luego, hundiéndome en la seda, fantasía y fantasía  
dime entonces a juntar,

por saber qué pretendía aquel pájaro ominoso  
de un pasado inmemorial,

aquel hosco, torvo, infausto, cuervo lúgubre y odioso  
al graznar: «¡Nunca jamás!»

Quedé aquesto, investigando frente al cuervo en honda calma,  
cuyos ojos encendidos me abrasaban pecho y alma.

Esto y más—sobre cojines reclinado—con anhelo  
me empeñaba en descifrar,  
sobre el rojo terciopelo do imprimía viva huella  
luminoso mi fanal—

terciopelo cuya púrpura ¡ay! jamás volverá ella  
a oprimir—¡Ah! ¡Nunca más!

Pareciome el aire entonces,  
por incógnito incensario

que un querube columpiase  
de mi alcoba en el santuario,

perfumado—«Miserable sér—me dije—Dios te ha oído  
y por medio angelical,

tregua, tregua y el olvido del recuerdo de Leonora  
te ha venido hoy a brindar:

¡bebe! bebe ese nepente, y así todo olvida ahora.

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

«Eh, profeta—dije—o duende,

mas profeta al fin, ya seas

ave o diablo—ya te envíe

la tormenta, ya te veas

por los ábregos barrido a esta playa,  
desolado

pero intrépido a este hogar

por los males devastado,

dime, dime, te lo imploro:

¿Llegaré jamás a hallar

algún bálsamo o consuelo para el mal que triste lloro?»

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

«Oh, profeta—dije—o diablo—Por ese ancho combo velo

de zafir que nos cobija, por el mismo Dios del Cielo

a quien ambos adoramos, dile a esta alma adolorida,

presa infausta del pesar,

si jamás en otra vida la doncella arrobadora

a mi seno he de estrechar,  
la alma virgen a quien llaman los arcángeles Leonora!»  
Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»  
«Esa voz,  
oh, cuervo, sea  
la señal  
de la partida,  
grité alzándome:—¡Retorna,  
vuelve a tu hórrida guarida,  
la plutónica ribera de la noche y de la bruma!...  
de tu horrenda falsedad  
en memoria, ni una pluma dejes, negra, ¡El busto deja!  
¡Deja en paz mi soledad!  
Quita el pico de mi pecho. De mi umbral tu forma aleja...»  
Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»  
Y aun el cuervo inmóvil, fijo, sigue fijo en la escultura,  
sobre el busto que ornamenta de mi puerta la moldura...  
y sus ojos son los ojos de un demonio que, durmiendo,  
las visiones ve del mal;  
y la luz sobre él cayendo, sobre el suelo arroja, trunca  
su ancha sombra funeral,  
y mi alma de esa sombra que en el suelo flota... ¡nunca  
se alzaré... nunca jamás!

\*Parte del Ebook preparado por José María González-Serna Sánchez a partir del texto que se encuentra disponible como dominio público en Proyecto Gutenberg. Publicaciones de Aula de Letras. Sevilla, 2012. (Edgar Allan Poe – Poemas) Con prólogo de Rubén Darío.